

Actas del
VI Congreso Internacional
***CELEHIS* de Literatura**
Literatura argentina, española y latinoamericana



(Rufino Tamayo, Sandías, 1968)

6, 7 y 8 de noviembre de 2017
Mar del Plata, Argentina



Actas del VI Congreso Internacional CELEHIS de Literatura / Acosta, Ricardo ... [et al.] ; compilado por Virginia P. Forace; María Pía Pasetti. - 1a ed . - Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-544-817-9

1. Estudios Literarios. 2. Actas de Congresos. I. Acosta, Ricardo, II. Forace, Virginia P., comp. III. Pasetti, María Pía, comp.

CDD 807

Fecha de catalogación: 21/03/2018

ISBN 978-987-544-817-9



9 789875 448179



CENTRO
DE LETRAS
HISPANOAMERICANAS

Facultad de
Humanidades / UNMDP
Portal de Encuentros

Las mujeres de Silvina Ocampo: la perspectiva de género en “El diario de Porfiria”

Daniel Nimes

UNMDP

Por cuestiones de espacio, en el presente trabajo ceñiremos el análisis acerca de la perspectiva de género presente en la narrativa de Silvina Ocampo a un cuento, “El diario de Porfiria”, incluido en el libro *Las invitadas*, de 1961. Originalmente iban a ser incluidos también los cuentos “Las vestiduras peligrosas” y “Atínganos”, de *Los días de la noche* (1970) y “Los celosos”, de *Cornelia frente al espejo* (1988).

En “El diario de Porfiria”, la niña protagonista, Porfiria, de ocho años, transforma la escritura en un arma de poder: todo lo que ella escribe en su diario se cumple. Subvierte, así, la idea del diario íntimo como registro de lo ya ha acontecido. Algo que pondría al sujeto cuyo diario se descubre, podemos pensar, en una posición de debilidad: la revelación de lo íntimo, de lo que no debería ser público, la exposición, el escarnio a través de la liberación de un discurso autocensurado bajo el candado de lo secreto, impondría alguna clase de castigo o penalización por parte de los Otros, los Enterados. Así sucedería con las cartas que Miss Fielding, la institutriz de Porfiria, mantiene ocultas en su habitación, atadas con un lazo: “los corredores oscuros me llevaron al cuarto de Miss Fielding. Me detuve un instante antes de abrir el cajón de la mesa de luz: encontré un paquete de cartas atado a una cinta (sabía de quién eran esas cartas), un frasquito de perfume, un lápiz y una caja de fósforos” (Ocampo 2017: 492). Y, más adelante, “‘Son cartas comprometedoras’, diría mi madre” (493). La escritura

como dispositivo de poder y la infancia no como lugar de la inocencia, sino como espacio desde el que se construye una mirada que corroe el mundo de la adultez y revela su hipocresía y, lo que aquí particularmente nos interesa, el rol sometido de la mujer, del que Porfiria elegirá correrse, desestabilizándolo con el poder que su escritura le infiere. Ese poder que la escritura de Miss Fielding nunca tendrá: por obediente, por ubicua.

Habíamos encontrado el lazo de Miss Fielding. Desatar el lazo: lo que se desencadena no es tanto la posibilidad de conocer el mundo íntimo de Miss Fielding, que es pura apariencia, pura superficie, que aparenta no tener mundo íntimo; sino la posibilidad de desatar el ejercicio del poder. No se trata ahora ya del lazo que sujeta la escritura de una intimidad, sino del lazo –cada vez más estrecho– que ajustará Porfiria Bernal sobre Miss Fielding. Un castigo, acaso, por representar todo lo que a la niña se le presenta como lo falso: “He dudado de la existencia de Dios: las personas grandes siempre mienten y ellas me hablaron de la existencia de Dios” (492). Otro fingimiento, el de lo diurno, se opondrá en el comienzo del cuento a la cara verdadera de la noche: “A esas horas podría escaparme de casa, matar a alguien, robar un collar de brillantes, ser una estrella de cine” (488). Es, por supuesto, el territorio de los deseos, las pulsiones liberadas (al menos en la imaginación) del cerco opresor y ordenador.

El descubrimiento de las cartas íntimas es comprometedor, como dice la madre de Porfiria, que casi no aparece en el cuento, más que para marcar este lugar disciplinador: “¡Mi madre! A veces la veo como una extranjera, como una intrusa que acaricia mi pelo, cuando le doy las buenas noches” (489). La intrusa que aparece justo antes de que llegue la hora de lo imposible de controlar: los sueños. Ese descubrimiento de las cartas señala el momento, entonces, en el que Porfiria comienza a someter a su

institutriz a un nuevo disciplinamiento, que no es ya el de la sociedad patriarcal y adinerada que Fielding reproduce e incluso admira:

Ser pobre, andar descalza, comer fruta verde, vivir en una choza con la mitad del techo roto, tener miedo, deben ser las mayores felicidades del mundo. Pero nunca podré ambicionar esa suerte. Siempre estaré bien peinada y con estos horribles zapatos y con estas medias cortas. La riqueza es como una coraza que Miss Fielding admira y que yo detesto (491)

Se trata, entonces del –y aunque suene paradójico– disciplinamiento de la imaginación: “todo lo que había escrito en su diario hacía casi un año estaba cumpliéndose”, descubre y describe, horrorizada, Miss Fielding. Su vida de mujer ordenada, pulcra, alineada (pero no alienada), tambalea ante el poder de esa voz infantil desbocada. Si el mundo de la infancia es habitualmente un lugar de reglamentos, obediencias y órdenes, no aparece así en este cuento de Silvina Ocampo. La infancia será el lugar de la rebelión. De la rebelión y del poder:

Miss Fielding me ve tal vez como a un demonio. Siente un horror profundo por mí y es porque empieza a comprender el significado de este diario, donde tendrá que seguir ruborizándose, dócil, obedeciendo al destino que yo le infligiré, con un temor que no siento por nada ni por nadie (495).

Si los diarios íntimos fueron muchas veces el lugar en el que la escritura femenina pudo cobrar lugar, como espacio domesticado, relegado, escondido (quiero decir, un diario íntimo es, en esencia, literatura que no circula, literatura sin lectores, al menos teóricamente; por lo tanto, una escritura a la que se le ha quitado el poder sobre el Otro: no puedo convencer, inquietar, perturbar, revelar nada desde un texto mudo o que sólo me habla a mí mismo); aquí esa noción aparece triplemente subvertida: es desde un diario íntimo, es desde el género femenino, es desde la infancia que se ejercerá el poder sobre el mundo de los Otros:

Trataré de alejarlos. No me importa que me odien. Cuando uno no consigue el afecto que reclama, el odio es un alivio. El odio es lo único que puede reemplazar al amor. Conseguí que me pegara, que me clavara las uñas de nuevo. He triunfado, exasperándola (497).

Si Miss Fielding es el Dr. Jeckill de lo femenino (el orden, la pulcritud, la admiración de la riqueza, la exaltación de lo doméstico), el diario íntimo será la pócima, la liberación de Porfiria, obligada Hyde de la femineidad:

En la salita de esta casa, cuando hay una visita, mi madre me pide que toque Au Couvent, de Borodine: pero detesto esa visita y detestaría cualquier teatro con semejante público. Para no llorar tengo que imaginar que estoy en un jardín con rosales y sauces y que un joven descalzo y muy pobre me lleva de la mano; entonces la música se abre como un sendero para dejarnos pasar y el teclado se vuelve invisible (492).

Ante esa sociedad que reprime y relega a las mujeres de la clase acomodada al lugar doméstico-domesticado del hogar, el piano y las oraciones, Porfiria impone el orden diferente de lo imaginario, en el que se une a lo señalado como peligroso (un joven sexualizado y, encima, pobre), abandona lo estático (la música se abre como un sendero: la mujer en tránsito, liberada de los preceptos de Miss Fielding o, vale decir, del dominio del hombre que habla a través de la institutriz inglesa) e invisibiliza el teclado, representación de un mundo regulado, finito, controlado. En el fondo, tal vez se trate de una maniobra para ocupar el lugar del Otro, del hombre, del que tiene derecho a disfrutar de su sexualidad, de la circulación no regulada, de un mundo no vedado: “Preferiría llamarme Miguel. Miguel es nombre de varón y es vulgar” (489), escribe Porfiria en su diario. Llamarse de otra manera o, más bien, ser el Otro: el que puede escaparse a las normas del buen gusto, al estereotipo de la delicadeza femenina. Este corrimiento o acercamiento de lo femenino a lo masculino o a una sexualidad Otra – cuanto menos un lugar diferente de lo femenino– en la figura de Porfiria, acaso una sexualidad tambaleante, inestable, en construcción (de hecho, María José Punte analiza

al personaje de Porfiria como niña *queer*) puede leerse, también, en el siguiente fragmento: “Estar enamorada no significa amar a un hombre: puede uno estar enamorado sin amar a nadie. Una fotografía, una puesta de sol, un perfume, un ángel o una música bastan” (496). No nos interesa tanto aquí la cuestión de la figura en cuanto a su sexualidad (más analizada por la autora antes mencionada) sino los modos en que se deconstruyen los roles estáticos y estereotipados de la mujer de principios del siglo XX (el cuento aparece en el libro *Las invitadas*, de 1961, pero las entradas del diario de Porfiria corresponden al año 1935). Como diría mi padre, “no se salva ni Dios”: “Me gustan los libros de amor o de crímenes, me gustan los libros de Rosetti y de Tennyson: algunos versos los sé de memoria y los recito silenciosamente cuando estoy en la iglesia esperando que termine la misa” (494). Es decir, no hay acto de contrición, de expurgación de los pecados o de lo que sea que haya que estar pensando en una misa: hay amor, crímenes, poesía.

El final del cuento será, como ocurre en muchos de Silvina Ocampo, apoteósico: Miss Fielding, que ya espía los diarios y sabe que le espera un destino fatal, intentará asesinar a Porfiria. Aquí no lo hemos mencionado hasta ahora, pero Porfiria progresivamente fue otorgándole rasgos felinos en su diario a Miss Fielding, la fue animalizando, corriéndola del orden de lo civilizado, podríamos decir, sacándola de campo, desalineándola –para hacer un juego de palabras con el apellido de la institutriz (“field”, como saben, se puede traducir como “campo” en inglés y “fielding”, en determinados contextos, como alinear). Como explica Punte en su ponencia “La niña queer, o de cómo Silvina Ocampo nos espía a través de Lucrecia Martel”,

La metamorfosis supuestamente provocada por la niña, y que da pie a la lectura en clave fantástica, escenifica el develamiento del artilugio por el cual se concibe a los sujetos femeninos, sean adultos o infantes, desde una matriz que adjudica

cualidades muy específicas: cierta sensibilidad, la pose del romanticismo, una pasividad formateada desde la vida contemplativa.

Nada de contemplativo, ni de exceso de sensibilidad, ni pose romántica parece tener Porfiria, cuyo último pensamiento (o más bien anotación) sobre la institutriz devenida en gato será: “Ahora Miss Fielding es inofensiva y se perderá por las calles de Buenos Aires. Cuando la encuentre, si algún día la encuentro, le gritaré, para burlarme de ella: ‘Mish Fielding, Mish Fielding’, y ella se hará la desentendida, porque siempre fue una hipócrita, como los gatos” (499). El mecanismo de control ha sido desactivado, el dispositivo a través del cual se impartían las regulaciones, los preceptos de la “femineidad bien entendida” (Miss Fielding) ha sido neutralizado de tal modo que no es más que un animal que se pierde en la ciudad. Acaso, hipócrita o no, Miss Fielding gato, Mish Fielding sea la representación más certera de los valores que sostenía: “Miss Fielding me asusta”, había escrito antes Porfiria en su diario, “Todos los gatos me asustan. Les doy de comer para que no me odien” (498). Ese darles de comer para evitar el odio, ¿no es, acaso, una descripción del lugar incómodo que ocupaban (u ocupan) aquellas mujeres con conciencia de la arbitrariedad de las normativas patriarcales? ¿Un fingimiento para no sufrir males mayores? En conclusión, leído así, el cuento podría interpretarse como la historia del (auto)descubrimiento de una femineidad sometida y su posterior revelación, su lucha por la desregulación y por los espacios de poder. Lucha que, por supuesto, no se libra sin daño:

Dije a Miss Fielding:

–Dale que eras un gato y yo un perro y me arañabas.

Miss Fielding me puso en penitencia” (494)

La porfiada Porfiria resistirá estos castigos y será ella la que luego los imponga a la institutriz.

Para finalizar, solamente queda por comentar que este trabajo es apenas el inicio de un proyecto a futuro. En los próximos meses se pretender recorrer las formas en las que la obra cuentística de Silvina Ocampo construye un discurso en el que se filtra una perspectiva de género, algo que puede observarse desde el primero de sus libros de cuentos, *Viaje olvidado*, de 1937, hasta el último, *Cornelia frente al espejo*, de 1988. Se relevarán también marcos teóricos que hacen a la construcción acerca del discurso sobre la mujer desde diversos ámbitos, como la filosofía, la psicología y la sociología, a fin de poder darle una mayor profundidad y sustento al análisis del discurso narrativo, del que aquí hemos tenido, apenas, una pequeña muestra.

Referencias bibliográficas

- Ocampo, Silvina (2017). "El diario de Porfíria". En Cuentos completos. Buenos Aires: emecé. (488-499)
- Puente, María José (2016). "La niña *queer*, o de cómo Silvina Ocampo nos espía a través de Lucrecia Martel", ponencia leída en el III COLOQUIO INTERNACIONAL. SABERES CONTEMPORÁNEOS DESDE LA DIVERSIDAD SEXUAL: TEORÍA, CRÍTICA, PRAXIS, Universidad Nacional de Rosario, Rosario (Argentina), 23 y 24 de mayo de 2016. Consultado en: http://www.punte.org/uploads/1/1/7/5/11757632/coloquio_diversidad_sexual_unr.pdf